



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 9. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 Marzo 1875.

| Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes para señora y niños.—Bata para señora.—Vestido con túnica para niña de 8 años.—Vestido para niño de 3 años.—PEINADOS Y CUERPOS ESCOTADOS PARA TEATRO Y SOCIEDAD.—Peinado *Rebeca*.—Peinado para niña.—Peinado *Offelia*.—Peinado ruso.—Peinado *Duquesa*.—Peinado *Hortensia*.—Peinado de novedad.—SOMBREROS Y ADORNOS DE CABEZA: Sombrero *Page*.—Sombrero *Princesa*.—Sombrero *Alaciano*.—Sombrero *Berta*.—Toquilla de encaje.—Capucha

echarpe.—Cinturones.—Limosneras.—Abanicos.—Vestido con túnica.—Fichú de encaje.—Fichú de faya y encaje.—Berta.—Traje para sociedad.—Traje para baile.—LITERATURA: San Hermenegildo, por Adela Sanchez Cantos.—Al Dr. D. Juan Fastenrath, poesía, por Angela Grassi.—La Caridad, poesía, por José Jackson.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez.—La gloria y el arte, por Teodoro Guerrero.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Correspondencia.—Charada.—Conocimientos útiles.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

El azabache, el cristal, el acero, las perlas, y por fin la plata y el oro, se han apoderado de nuestros pobres trajes con el pretexto de adornarlos, y muchas señoras tendrán de seguro el mal gusto de hacer un sacrificio por rendir culto á moda tan escéntrica. Cuando la severidad del corte y la corrección de la falda lisa parecían haber dado un gran paso en la senda del buen gusto, los adornos de relumbron han venido á quitar á los trajes su severa magestad, y no parece sino que queremos reproducir la época de la decadencia romana y del bajo imperio. No incurrais vosotras, lectoras mías, en tal exageración, y si queréis poner á vuestros vestidos de sociedad el sello de la Moda que sea en pequenísima escala, como por ejemplo, un hilo de oro siguiendo el dibujo de una pasamanería, ó un sembrado ligero de perlas ó de cristal en los encajes ó en los adornos.

Me hablan de un traje lucido en uno de los salones más aristocráticos de París por una persona citada siempre por su elevada posición y su buen gusto en el vestir, que era de raso blanco, de inmensa cola montada al talle por la gran tabla triple que bajaba sujeta hasta el suelo, donde se abría en un abanico original; el delantal, ó más bien la falda, porque se perdía á los lados de la citada tabla, iba todo cubierto de bullones de tul sembrados de perlas de Roma (imitación de perlas finas), lo mismo que las mangas, bullonadas también: coraza alta y lisa de raso, como la cola, con tres hilos de perlas finas por collar; limosnera de raso bordada de perlas, y perlas entre el peinado. Este traje majestuoso, era llevado con exquisita distinción por una de las damas más influyentes del partido de los trajes altos, porque en París se han formado dos verdaderos bandos con los trajes de faldas lisas y de faldas recogidas y los cuerpos altos ó los escotados. No me atreveré á decir que el bando de los trajes lisos y altos sea el más numeroso, pero sí que en él figuran las mujeres más distinguidas.

Este mes, dedicado á las festividades de la iglesia, es en el que se atiende muy principalmente á los vestidos negros y de colores oscuros. La faya combinada con el matalasé hará trajes sumptuosos para la Semana Santa, adornando solo el delantal ó las quillas: es de muy buen



1. Vestido con túnica para niña.

1 Á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

2. Vestido para niña de 3 años.

3 y 4. Bata para señora. (Patrón: pliego por el derecho, núm. 1, figs. 1 á 6).

gusto para adorno de los vestidos negros los bullones de muchos frunces y las cuchilladas ó cortes en la tela, que dejan huecos en óvalo ó en cuadro para que se vea debajo el matalasé, formando este adorno el delantal, las quillas ó el adorno de la tabla. Como cuerpo, la forma de chaqueta más redonda ó más puntiaguda, con las mangas de otra tela imitando coraza, ó abierta sobre un chaleco de la tela del adorno, se sostiene siempre. Respecto

á mangas, casi puedo deciros que ellas constituyen la verdadera dificultad y elegancia del vestido. Jamás se ha dado á las mangas la importancia que tienen en estos momentos. Hácense generalmente bullonadas ó rizadas hasta el codo, á bullones perpendiculares, separados por agremaciones, bieses ó encajes; otras se acuchillan también como las faldas, dejando en la parte exterior unas aberturas cuadradas ó ovaladas, por donde sale la tela interior, y otras, por fin, se rizan á tan menudos y ondeados frunces, que imitan la labor de las sobrepellices de los curas; todo esto llega solamente hasta el codo, y desde él ó termina la manga un doble volante de las dos telas, si el vestido es de mucha pretension, ó un bullon terminado por una vuelta que debe corresponder á la tela del adorno. Todas estas mangas son de última novedad.

Para estas fiestas religiosas algunas señoras se hacen vestidos, que, sin ser negros, tienen la severidad propia de tales actos; entre los que se preparan para el día de Jueves Santo tengo noticia de uno color ciruela pasa, adornado de tono más claro, que lleva por detras la falda lisa y por delante un delantal bullonado, del que parte un complemento de delantal liso en el otro tono, á perderse debajo de la gran tabla: dos volantes, uno oscuro y otro más claro, adornan la parte baja de la falda por delante hasta la gran tabla, que se deja lisa, cubriendo el remate de todos los adornos; chaqueta de punta por delante ribeteada del tono más claro, y con triple solapa en el pecho y triple vuelta en la manga del tono más claro. Otro vestido es de faya azul acero, abierto en los costados en todo su largo sobre un plegado azul claro, y retenidas las orillas por lazos barras del color oscuro: mantelo brochado de los dos colores y chaqueta abierta con gran cuello cuadrado ribeteado de azul claro como las vueltas de manga, completa el vestido.

Este mes merecen doble atención los adornos de cabeza, porque si para las festividades religiosas se usa siempre el velo de encaje y la mantilla española, para los conciertos de Monasterio es indispensable el sombrero. La forma del actual, como ya os he dicho, es con el ala derecha y la copa lisa, enteramente como platos, con el borde muy ancho. Sin embargo, ¡con ellos hay mujeres encantadoras! Los sombreros de vestir deben armonizar

con el traje por su fondo ó sus adornos; el fieltro gris y blanco hace sombreros deliciosos de primavera con adornos de faya del color del vestido y pluma del mismo en escala. Una joya ó un capricho de azabache ó de acero artísticamente colocado para sujetar un lazo ó un sprit, es de muy buen gusto. Con los de castor alternan los de faya interin se acerca el tiempo de los de crespon y tul, hoy solo admisibles para teatro. Las grandes alas de los sombreros, que quedan derechas alrededor del rostro, exigen adorno por delante, que suele ser una guirnalda de follaje quemado, una diadema de plumas rizadas, ó una ruche de tela y encaje. Los sombreros de calle, sobre todo para señora casada, son siempre los de castor y encaje negro, los de faya bronceada ó azul acero, ó los marron, que se combinan con azul ó con rosa, dando un resultado feliz.

Como salidas de teatro y baile, es de mucha novedad una rotunda-dolman, muy larga, con mangas que salen de la espalda como en aquel, y lleva bieses y botones en el centro de la espalda y de las mangas, terminando con grandes lazos cerca del borde y guarnecido de piel. Como veis, los adornos en el centro de la espalda invaden hasta los abrigos de noche. Esta forma puede hacerse en matalasée azul ó rosa guarnecido de cisne, en cachemir ó en franela con biés de faya alrededor.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido con túnica para niña.*—Es de lana siciliana color de hoja seca en dos tonos, claro y oscuro: la falda lleva plegados de los dos colores, y la coraza y túnica corresponden al más claro, así como las mangas, cuello y adorno de la túnica al más oscuro.

2. *Vestido para niña de 3 años.*—Polonesa de terciopelo inglés cerrada con dos carreras de botones, y terminada en el bajo con volante á tablas, y en el cuello y manga por rizados del mismo terciopelo. Cinturon de seda de color.

3 y 4. *Bata para señora.*—(Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. 1, figuras 1.ª á 12). Ambas figuras presentan la misma bata, cuya parte superior puede servir para cortar peinadores ó tunicas: la aldeta puede ser de la misma espalda ó ponerse en un cinturón. Nuestro modelo presenta la bata de franela gris, moteada de azul y blanco y los bieses azules, así como el cuello y vueltas de manga. El ancho de los bieses para toda la bata es de 2 á 4 cents., y dos patas iguales bajan de la cintura á enganchar en un boton, trasformando la bata en túnica.

5 Á 10. PEINADOS Y CUERPOS PARA BAILE.

5. *Peinado para niña.*—Se separa todo el pelo de adelante que se riza y vuelve sobre crepé, sujetándole con una diadema, y volviendo entónces sobre esta el pelo de las sienes, se forma con todos estos cabos un grupo en la parte superior, desde el cual baja suelto todo el pelo de atras. Grupos de rosas en el peinado.

6. *Peinado Rebeca.*—El pelo de adelante va colocado en dobles bandós, y la parte superior de la cabeza redondeada con lazadas ó cocas rodeadas de perlas; dos tirabuzones deshechos y sujetas las puntas con un lazo, completan por detras el peinado, y por delante un collar de muchos hilos de perlas prendido de un lado á otro en collar.

7. *Peinado Offelia.*—La parte de adelante en rizado nieve (sortigillas sobre la frente), y la posterior en lazadas, y el resto del cabello colgando rizado. Diadema de terciopelo y perlas.

8. *Peinado Duquesa.*—El pelo de adelante en bandós levantados, y el pelo de la frente cortado á lo paje: por detras tirabuzones largos desiguales. Corona de rosas.

9. *Peinado ruso.*—Después de levantado el pelo en bandós rizados, se coloca una doble trenza en diadema que se une con las que por detras forman la moña, cubriendo esta union un grupo de lazo y plumas. Vestido de faya y encaje negro. Salida de teatro de faya blanca guarnecida de cisne.

10. *Peinado Hortensia.*—El pelo de adelante en rizado nieve, y por detras en grandes lazadas, de las que baja un solo tirabuzon muy grueso y medio deshecho. Grupos y ramos de flores hortensia adornan el peinado y el vestido de turlatana blanco.

11 Á 18. SOMBREROS Y ADORNOS DE CABEZA.

11. *Toquilla de encaje.*—Es de encaje antiguo, sujeta encima del peinado con lazo azul, ó rosa y anudada en

el pecho. En Francia se llevan esta clase de toquillas para teatro y reunion.

12. *Sombrero Paje.*—Es de terciopelo negro con plegado orillado de faya y pluma blanca.

13. *Peinado para teatro.*—Los cabellos de adelante rizados á gruesas ondas y cocas entrelazadas en la parte superior, con los ramales ondulados colgando y sujetos por su mitad con un lazo. Peina de bolas.

14. *Sombrero Berta.*—Es de fieltro ribeteado de terciopelo y con gran echarpe de faya. Pluma y un grupo de rosas le completan.

15. *Sombrero Princesa.*—Es de terciopelo adornado de faya y plumas de avestruz. Una guirnalda por detras pasa de un lado á otro sobre el peinado.

16. *Sombrero alsaciano.*—Es de castor orillado de terciopelo y adornado de lazos de faya, flores y pluma. Dos bridas colgando por detras se anudan á la mitad de su largo.

17. *Sombrero marinero.*—Es de fieltro con cinta alrededor y una hermosa pluma.

18. *Capucha-echarpe.*—(Patron y explicacion, en el pliego de patrones). Puede hacerse en faya ó cachemir forrada de tafetan y guarnecida de pluma.

19 Y 20. FICHÚ.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, número VIII, figura 45).

Fórmase este fichú con cintas de terciopelo y entredoses de encaje bordados de azabache, así como el encaje que le guarnece: una doble gola de tul blanca y negra le completa. El terciopelo puede reemplazarse con bullones ó cintas de faya.

21. VESTIDO CON TÚNICA.

Es de lana belga color de reseda, adornada la falda de volantes y bullones alternados, y túnica abierta por delante con plegado al rededor y figurando dejar ver un chaleco: vuelta de manga y gola de faya.

22. BERTA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. IX, figura 46).

Es una drapería de crespon armada sobre un pedazo liso de tul y guarnecida de un doble plegado de la misma tela: lazo en el pecho y ramo en el hombro la completan.

23 Y 24. TRAJES PARA SOCIEDAD.

El primero lleva la falda abierta sobre otra interior que puede ser de faya rosa, y la superior de terciopelo negro: bieses con fleco adornan la falda rosa y un plegado de la misma tela la de terciopelo, que forma gran cola y pouf. Coraza de terciopelo abierta sobre chaleco rosa y mangas de este color.

La segunda es una rica falda de faya azul bajo, sin más adorno que un biés alrededor de color más subido y recogido por delante sobre otra de turlatana blanca con plegados y bullones: el cuerpo, blanco, adornado de cintas y lazos azules, lleva un justillo ó pequeño cuerpo encima azul, con aldetas desiguales, guarnecido tambien de un biés del color más subido.

JOAQUINA BALMASEDA.



SAN HERMENEGILDO.

(Conclusion).

El santo jóven buscó un refugio en el lugar de Oseto, en donde, por estar bien fortificado, contaba defenderse; pero el pueblo fué incendiado por sus cuatro costados y Hermenegildo buscó su salvaguardia en el sagrado de la Iglesia, donde, segun decian, habia una pila bautismal que manaba agua todos los años.

En esta Iglesia tuvo Hermenegildo su entrevista con su hermano Recaredo, más jóven que él y á su par noble y bueno. Juntos lloraron las desdichas de la guerra, las desgracias habidas en aquella lucha, que por ser entre hermanos, mil veces más sensible se hacia. Estrechándole contra su pecho le ofreció Recaredo, en nombre de su padre, el perdón y la libertad si se entregaba; le aseguró

que se le conservarían las insignias y dignidad de rey, y el santo jóven, confiado en esto se arrojó á los piés de Leovigildo pidiendo gracia para los que habian seguido su bandera.

Levantóle el rey con muestras de alegría, le dió el beso de paz y le tendió los brazos; pero aquel cariño aparente ocultaba un odio feroz y sin ejemplo en el corazon de un padre; odio que Dios permitia se alimentara porque él habia de colocar la corona del martirio sobre la augusta frente de Hermenegildo, y habia de ser la llave que abriera al príncipe las puertas que conducen al paraíso de los justos, lugar de inagotables delicias.

A pesar de todas las promesas y ofrecimientos, Hermenegildo fué conducido á los reales primero, y luego despojado de las régias insignias y trasportado á una torre de la puerta de Córdoba en Sevilla, que se elevaba á una espantosa altura.

En ella fué encerrado y cargado de cadenas, una de las cuales sujetaba sus manos al cuello; su vestido era tosco, su cama una manta de cilicio, y en medio de tal desdicha, los lábios del mártir sonreian al cielo, y su alma ansiosa de subir á él gozaba deliciosos éxtasis. Oh! Solo la religion sublime del Crucificado puede dar resignacion tan grande, sólo ella derrama en el alma, cual benéfico rocío, paz y consuelo; tan sólo ella presta la firme energía que Hermenegildo tuvo para luchar contra todo el poder de su padre y contra el torrente de la nacion; la divina esperanza que le sostuvo en su desventura fué inagotable.

Con tan cruel tratamiento, en tan bárbaro suplicio, vivió algun tiempo tranquilo y resignado el sublime mártir.

Llegada la Pascua de Resurreccion, Leovigildo mandó á la prision un obispo arriano para que confesara á su hijo. Hermenegildo le rechazó con digna y firme entereza. Tomó su padre esta ofensa por suya, y estallando potente el odio que á su hijo profesa, con horrible calma dicta la sentencia que habia de conducir al santo al lado de Dios.

Hermenegildo recibió la muerte con la sonrisa en los labios y la alegría en el alma, en el momento de estar orando, el dia 13 de Abril del año 586. En el dia y mes expresados celebra la Iglesia la memoria de San Hermenegildo.

En lugar de la torre donde estuvo preso se levantó más tarde una capilla bajo su advocacion.

Las circunstancias extraordinarias que rodearon la muerte del santo, y el fallecimiento ocurrido en breve y repentinamente de su verdugo Sisberto, hizo que la fama del mártir creciera hasta el punto de atraer al catolicismo á muchos nobles, y hacer pensar al rey Leovigildo en si seria aquella la verdadera religion. Algunos milagros que vió, milagros que quiso repetir los obispos arrianos, lo que sirvió para descubrir toda la farsa, que encerraban los sucesos extraordinarios de su secta, le acabaron de convencer y sublime misterio! lo que el hijo de Leovigildo no consiguió en la tierra, lo alcanzó en el cielo; lo que no logró con súplicas, lo realizó con sus oraciones en las celestes regiones; y el rey, movido por el recuerdo de su hijo, y por el grito acusador de su conciencia, abrazó, aunque en secreto, la religion católica cuando se sintió enfermo, y al ver que se acercaba su última hora llamó á los obispos Leandro y Fulgencio, á quienes habia desterrado, les recomendó instruyeran á su hijo en la fé de Jesucristo, y á Recaredo encargó mucho los tuviera como padres y siguiera el camino de virtudes de su hermano Hermenegildo.

Murió Leovigildo el año 587, y al décimo mes de su muerte, Recaredo, su sucesor, y con él los nobles y el pueblo todo renunciaron solemnemente á la secta arriana y se convirtieron al catolicismo.

Recaredo fué el encargado de poner la última piedra al edificio por su hermano empezado á construir, y terminar la sublime obra por él iniciada, la gran mision que dejó señalada con su sangre. Como Constantino en Roma, el piadoso Recaredo estableció en España la religion que nos consuela y sostiene; como aquél la hizo subir á su mayor grado de esplendor; mas sobre Constantino cayó una mancha horrible, la sangre de su hijo Crispo y de su segunda esposa Fausta cubrió con siniestro velo la fama de sus virtudes, y la de Recaredo ha llegado hasta nosotros limpia y clara, como llega el sol, pasando por los mil celajes del espacio á iluminar nuestro planeta, llenando de luz radiante el mundo que habitamos y sembrando el placer en nuestra alma.

¡Gloria eterna á los que arraigaron en España la religion magnífica que tiene, por Dios á Jesucristo, por ídolo á María!

ADELA SANCHEZ CANTOS.

AL EMINENTE AUTOR

DE LAS PASIONARIAS Y LA WALHALLA,

DOCTOR D. JUAN FASTENRATH.

Hijo adoptivo de España.

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

¿Dónde va el sol cuando los mares hiende
Buscando entre las olas sepultura?

¿Dónde va el ave que las alas tiende
Léjos del nido oculto en la espesura?

¿Dó el arroyo que esconde entre guirnaldas
De incultas florecillas sus cristales,
Y abandonando el cauce de esmeraldas
Se sumerge en los yertos arenales?

El sol va á iluminar otras regiones,
A fecundar el agua otros confines,
Y el ave á modular dulces canciones
Del espléndido Oriente en los jardines.

¡Ah, dejadlos partir!... De Dios trasunto,
Obras del SÉR á quien le plugo hacerlas,
Van á formar magnífico conjunto,
Vibraciones y luz, ecos y perlas.

Comprimir en el hueco de la mano,
No pretendais con ansias enemigas,
El rayo que el calor esparce ufano,
La gota que produce mil espigas.

¡Ah, dejadlos partir!... También las almas,
Chispas divinas del eterno foco,
Quieren volar en busca de otras palmas
Las que brotan aquí teniendo en poco.

¡No hagais, cual niño, que al brillante insecto
Por sujetarle á sí las alas trunca,
Y arrastrarse le ve entre el polvo abyecto,
Sin que el bello oropel recobre nunca!

¡Ah, dejadlos partir!... ¡Cuán venturoso
El náuta es que al traer rica presea,
Ve dibujarse en el confin brumoso
El tosco campanario de su aldea!

¡Dichoso el labrador que en la mañana
El terron quiebra con sudor regado,
Y por la tarde vuelve á su cabaña
En su carro de mieses recostado!

Ángel de paz y amor tu madre ha sido,
Le tejieron las gracias rica alfombra,
Sembró virtud: brotó vergel florido:
Llegó la noche, y se durmió á su sombra.

No vayas á verter lágrima triste,
Hijo feliz, bajo el ciprés augusta,
Que ya tu madre en los espacios viste
Los ropajes espléndidos del justo!

ANGELA GRASSI.

Madrid 14 de Febrero de 1875.

LA CARIDAD.

—¿Adónde vuelas?—Al cielo.
—¿Dónde has estado?—En la tierra.
—¿De quién huyes?—De la guerra.
—¿Te asusta?—Causa mi duelo.
—¿Amas la paz?—Con anhelo.
—¿Es tu misión?—La piedad.
—¿Tu divisa?—La igualdad.
—¿Tu recompensa?—La historia.
—¿Cuál es tu patria?—La gloria.
—¿Quién eres?—La Caridad.

JOSÉ JACKSON.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

V.

LOS TOROS Y EL PUGILATO DESDE UN WAGON.

Castillejo está á trece kilómetros de Aranjuez. Parábamos solo cinco minutos. Antes de partir el tren, mi amigo Scott me preguntaba:

—¿Y Aranjuez, tiene plaza de toros?

—Sí señor; muy buena, y de las más antiguas de España.

—¿Hombre!... ¡Y no me lo dijo V!... Debíamos volvernos.

—Lo siento mucho, pero no soy del mismo parecer. No merece una plaza de toros tanto sacrificio.

—Lo que es por mi parte, no siento lo mismo, y es lo cierto, que por no dejar á V. solo no me vuelvo... ¡Las plazas de toros!... ¡Oh!... ¡Las plazas de toros son unas de las primeras maravillas que se deben conocer en España!... Lo que más siento es que ahora no dan funciones... ¡Y dice V., que es tan buena plaza la de Aranjuez?

—Es de las mejores de España. La mandó construir Carlos III con el dinero sobrante que había en las arcas reales del Sitio en 1796, por cuya época se daban corridas muy célebres, en las que tomaban parte los reyes, príncipes y la nobleza, con los toreros y picadores. Aquella plaza se resintió con las lluvias del invierno de 1827, y en 1829 se reedificó, conforme al plan formado por el arquitecto Rivas. Es magnífica, toda de ladrillo y bóvedas, con 210 piés de diámetro en el círculo interior de las bareras y 99 balcones, toda pintada de buen gusto, especialmente el balcon principal y frontispicio, en que están las armas reales sostenidas por dos famas. La primera fiesta se tuvo el 14 de Mayo de 1797, y en aquel circo han trabajado desde Montes y Pepe Hillo hasta Redondo y Mora, y desde Calderon y Trigo hasta el Tato y Frasuelo. La historia moderna del toreo español está escrita en aquel circo que Carlos III mandó hacer, para que Fernando VII cerrara un día todas las Universidades y estableciera la enseñanza oficial del toreo.

—¿Quién hubiera nacido en aquellos tiempos!

—¿Para qué?

—Para haberse hecho torero ó picador.

—¿Qué ocurrencia, hombre, qué ocurrencia!

—¡Ah!... A mí me gustan mucho los toros, tanto como las luchas de fuerza y sobre todo los pugilatos.

—¿Es posible, amigo Scott?

—Lo que V. oye: me he quedado en Sevilla un verano por ver los toros nada más, y en Cádiz me han dado lecciones para la capa y aun para banderillas. Y bien que me sirvieron, porque encontrándome, poco tiempo há, en los Estados-Unidos, ocurrió una de esas peripecias que nunca olvidaré.

Una tarde, al traer unos novillos de Tejas para llevarlos al matadero, se escaparon y echaron á correr por las calles y avenidas de Nueva-York, esparciéndose en todas direcciones y sembrando la confusion y el terror en todas partes. Detrás de cada uno iban centenares de personas y chiquillos, cuyo número iba engrosando constantemente á medida que avanzaba la columna, vociferando y gestionando, con lo cual enfurecían más y más á los bravos novillos tejanos que impetuosamente arremetían á cuantos encontraban al paso, y les daban cada voleo que hubieran hecho felices á los chiquillos del tendido de sol en cualquiera de las plazas de España.

Pronto hubo tantas corridas como toros se escaparon, pues unos fueron calle arriba, otros calle abajo, y luego torcieron unos hácia el Este y otros hácia el Oeste. Por donde quiera que pasaba un novillo con sus perseguidores, parecía que había un motin. Los ciudadanos salían con garrotes y armas de todas clases, pistolas, fusiles, espadas y hasta aparatos para apagar el fuego.

Con todo esto, millares de hombres salían á atajar al novillo, y los *policemens*, con el garrote en una mano y el revólver en la otra, también iban á la vanguardia de la columna.

Pero en cuanto uno de los animales volvía grupa y embestía la turba, policía y ciudadanos echaban á correr como almas que lleva el diablo, y se parapetaban detrás de los carros ó se guarecían en las escaleras. En una calle los perseguidores hicieron una barricada que haría honor á los comunistas de París, y desde allí dispararon tres tiros al infeliz novillo. Este embistió una vez, arremetiendo contra un carro y lo volcó, y entonces hubo gran pánico entre los defensores de la barricada.

Detrás de otro toro corrían cien *policemens* disparándole sus revólvers, y aunque ninguno pudo matarlo, varios hirieron sin querer á algunos ciudadanos inocentes. Se calcula que pasaban de sesenta los heridos que resultaron de las diversas corridas, unos por los proyectiles de los bravos *policemens*, y otros por los cuernos de los novillos.

Yo, por mi parte, puedo decir á V. que no he pasado día más feliz. Por frente á mi hotel se estacionó uno de los novillos, y cuando las gentes corrían abriéndole paso, cogí mi gaban, me fui hasta él, y allí me hubiera V. visto cómo jugaba el trapo. Lo pude entretener más de trece minutos, en que hice de la fiera lo que me dió la gana, y le largué tres verónicas, cuatro navarras y siete pases de frente, hasta que me tumbó en el último, dándome una pateadura de padre y muy señor mío. Este suceso me valió mucho en Nueva-York, donde me creían sevillano y me hacían proposiciones para salir á la plaza en cuadrilla. ¡Ay!... ¡Amigo mío, á las lecciones que recibiera en Sevilla y Cádiz debí mi gran popularidad en América!... ¡Y á V. no le gustan los toros?

—No, señor.

—Es extraño.

—No tal, los españoles no todos tienen obligación de que les gusten las funciones taurinas, y yo puedo decir á usted con verdad, que ni una sola vez he presenciado esos bárbaros espectáculos en que el hombre se pone al nivel de la fiera.

—¿Bárbaro le llama V!... ¿Pues qué llamaría entonces á los pugilatos?

—Ese espectáculo es doblemente bárbaro; es atroz.

—A mí me gusta en extremo. El año pasado, encontrándome en la Habana, hice propósito un viaje á los Estados-Unidos, para presenciar una de esas heroicas luchas en que valerosamente los hombres miden sus fuerzas. Los combatientes eran dos héroes. Llamábase uno Travilliam, inglés, el otro irlandés, respondía al nombre de Hogan. El lugar elegido para la pelea era á nueve millas de la ciudad de Virginia, en Nevada, unas seis millas del condado de Lyons. Al estrecharse la mano para comenzar el trompis, llegó el sheriff, Mr. George Sahw, y les dijo que no podía permitir el pugilato; pero que como él también deseaba ver el espectáculo, les aconsejaba prudentemente que pasaran al condado de Ormaby. Se aceptó el consejo, y la gente, compuesta de 2.500 personas, entre púgiles, jueces, testigos, sheriff, hombres y muchachos, se dirigió á otro lugar situado en una alta meseta, desde donde se divisaba el Capitolio y la prision del Estado.

Una vez allí, se limpió el lugar, se fijaron las estacas, se hizo el cerco de pelea, se preparó todo, se pesó á los púgiles, pesando 140 libras Hogan y 146 el otro, se nombraron padrinos, tomaron lugar los espectadores, y á las nueve horas y ocho minutos de la mañana se dieron las manos aquellos dos valientes, para despues matarse, tal vez, ganando el vencedor un bolsillo de 500 pesos, y dando ámbos el espectáculo más sorprendente que pueda registrarse en el gran libro de la humanidad. Antes de comenzar, sin embargo, un tal Soap, pronunció un pequeño discurso, diciendo: "Señores: vamos á presenciar uno de esos espectáculos notables, asombrosos, que enseñan al hombre lo que pueden las fuerzas musculares bien desarrolladas. Suplico, pues, á Vdes. todos suma atención. Ha habido gran dificultad entre estos dos hombres á causa de haberse desafiado dos veces antes. Aquí están para arreglarse de una vez. Todo lo que pedimos es que haya orden: déseles á ambos igual oportunidad de ganar por sus méritos." (*Aplausos repetidos*).

No describiré á V. el combate, porque no soy ducho en el arte, ni conozco los términos que se usan, pero sí diré que hubo golpes, puñadas, caídas, sangre, ojos estropeados, caras cortadas, narices tronchadas, destreza por parte de los gladiadores, aullidos y entusiasmo en los espectadores, frialdad en los padrinos... Pero ¡oh contratiempo! ocho veces se había caído al suelo alguno de los combatientes; ocho veces se habían detenido faltos de aliento, cegados por la sangre y doloridos por los golpes y las heridas, cuando uno de los espectadores descubrió un puñito de estopa en cada una de las manos del inglés. ¡Qué infamia!...

Entonces se armó la buena. Los engañados sacaron sus pistolas, los engañadores se preparaban á la defensa, los valientes gritaban, los cobardes huían; pero por fortuna se apaciguó todo y no hubo nada. Quiere decirse que no hubo una decision en el asunto, y ó Frank Queen, á quien se ha apelado por telégrafo, decide en la cuestion, ó hay que volver á repetir el espectáculo, que, según leí poco há en los periódicos de Londres, se efectuará el 15 de Mayo próximo.

—¿Qué barbaridad, amigo Scott!

—Sin embargo de esto, no me puede V. negar que vivimos en el siglo XIX.

—No basta á convencerme de que el pugilato, como los toros, como los circos de caballos y las funciones gimnásticas no sean altamente inmorales, pervierten las costumbres públicas, embotan el sentimiento de las muchedumbres y degradan al pueblo que las admite.

—No estamos conformes, amigo mío; V. toma las cosas por lo serio.

—Yo creo que en estos espectáculos de fuerza, el mal es menor que el bien, aunque aparte de todo, yo repruebo toda clase de espectáculo y diversiones, porque son subalternas á la vida. Ningun sér racional sacrifica lo más importante á lo que es ménos, y es evidente que la condicion moral del hombre tiene más importancia que sus diversiones. Por otra parte, las diversiones no pueden ser justas, mientras sus consecuencias anexas perjudiquen á la moral, y de aquí mi oposicion á los toros, á los circos y al pugilato. En todos estos espectáculos encuentro:

1.º Que sus efectos en los agentes inmediatos, son en general, moralmente hablando, malos.

2.º Que ocasionan sin necesidad dolores y aun desgarras á los hombres y á los animales.

3.º Que se prolongan mucho tiempo y cuestan mucho dinero, consumiendo estérilmente dos cosas de las más precisas para la vida del hombre: tiempo y dinero.

Y no digo que todo este mal lo fomenten los artistas que trabajan en los espectáculos, sino que también lo fomentan, y de una manera muy directa, los especta-



6. Peinado *Rebeca*.
9. Peinado ruso.

5 Á 10. PEINADOS Y CUERPOS PARA TEATRO Y SOCIEDAD.

5. Peinado para niña.
8. Peinado *Duquesa*.

7. Peinado *Offelia*.
10. Peinado *Hortensia*.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.



12. Sombrero Page.
15. Sombrero Princesa.

11. A 13. SOMBREROS Y ADORNOS DE CABEZA.

11. Toquilla de encaje.
13. Peinado para teatro.
16. Sombrero alsaciano.

13. Capucha echarpe. (Patron; pliego por el revés, núm. XII, figs. 58 y 59).

14. Sombrero Berta.
17. Sombrero marino.

res; por eso yo, amigo Scott, no concurre jamás á estas fiestas.

—¡Hombre, eso no me lo podrá V. probar!

—Sí señor; el que toma una entrada ó asiento en cualquiera de estos espectáculos, paga tres ó cuatro pesetas para estimular á cierto número de personas á que propaguen el mal, y la defensa que se hace de ello es que *divierte*, cuya razon no puede ser más viciosa ni tampoco más absurda.

—Dispense V., que se puede ir á los espectáculos sin tomar parte en la licencia ni en lo malo de ellos; esto no se puede negar...

—Niego, amigo Scott; todos, absolutamente todos los que van á los espectáculos, lo mismo el que está en un tendido de grada, como el que ocupa un palco ó descansa en una silla, la promueven y estimulan, en razon á que si ninguno asistiera, no la habria; es decir, si nadie comprara billetes, no habria quien bailase el can-can, ni quien torease, ni quien saltara sobre un caballo, ni quien se diera de puñetazos, y por consiguiente, faltarian de entre nosotros esos entes que nos degradan, nos corrompen y nos lastiman.

—Cuenta V. con que hay casos en que el concurrir á un espectáculo es cuestion de caridad, cuando los beneficios de entrada se destinan á limosnas de beneficencia.

—Ya sé que eso es una disculpa para acudir á los espectáculos hasta aquellos que no debieran hacerlo. Es mejor dar las tres ó cuatro pesetas, sin deducir la mitad para objetos de difícil justificación. Y conste que cuanto le digo á V. sobre el circo y los pugilatos, se estiende también á las máscaras y á las carreras de caballos. No puede ser bueno el hombre que se aprovecha de un disfraz para cubrir la licencia y hacer en el secreto lo que se avergonzaria de hacer á la luz del claro sol. Dymond, dice, hablando del Carnaval, que algunos hombres y mujeres que afectan decencia cuando tienen la cara cubierta, gustan de unas pocas horas de libertinaje disfrazado, en que se deja á la moral guardar la ciudadela de la virtud sin el auxilio de la opinion pública. No habrá dicho otra verdad más grande Dymond.

—¡Ah!... Dymond es un moralista enemigo de todo lo que hay en el mundo!

—No sé hasta qué punto sea verdad lo que V. dice: yo no conozco más que sus libros, sus ideas, y me parece un justo pensador, lo mismo en sus *Ensayos sobre los principios de moral*, que en su *Investigación acerca de la conformidad de la guerra con las máximas del cristianismo*. ¡Qué buena doctrina la suya!

—No me diga V. eso, que Dymond era inglés como yo y le conocí mucho.

—Nada influye la amistad que le uniese al sábio moralista para que yo conozca sus obras y diga de ellas lo que me parecen.

—Lo que es sus libros no los he leído, pero á él le conocí más que á V.

—Dejemos esto, que no es del caso, y sigamos con los espectáculos: el pugilato, la lucha á brazo partido, las carreras á pié y el montar á caballo, son todavía peores que las funciones de toros, porque hay en todo esto más mal sin mezcla de ningun bien: popularidad siempre resultado de la concurrencia, y por consiguiente, la participacion y responsabilidad de los que asisten. Sin embargo, los españoles dicen que sostienen el espíritu nacional con los toros, mientras que los ingleses dicen que vigorizan la fuerza muscular de los pobres con el pugilato y las carreras, como si reportara ventaja alguna dar á una sociedad los instintos y cualidades del perro de presa, en cuanto á España, y como si el pobre inglés hubiera menester de la holganza, y se inventaran medios artificiales que aumenten sus fuerzas para el trabajo. Se ponen diez, quince hombres, ante un toro; se matan treinta ó cuarenta caballos, se disputan las fuerzas dos bárbaros, corren otros leguas inmensas por ver quién llega más pronto, y los periódicos anuncian con regocijo las victorias de estos centros inmorales. Pero créalo V., amigo Scott, las vicisitudes de la locura son infinitas.

Todas estas costumbres pasarán como pasaron las de echar de comer hombres y mujeres á leones y chacales en el circo de Roma. La historia vendrá despues y juzgará á nuestros contemporáneos, como nosotros juzgamos hoy al pueblo romano... Pero, qué, ¿paramos acaso?

—Me parece que sí.

Y el tren acortaba su paso. Eran las once y cuarto de la noche. La luna estendia sus blanquecinos rayos por aquellos llanos inmensos y estériles que recorria la locomotora, dando á nuestro viaje un tinte misterioso que más parecia realizarse una de esas fantásticas escenas que sueña la imaginacion, que una cosa real. Por fin el tren paró frente á la estacion en el momento que Scott exclamaba como un loco:

—¡Villasequilla... este es Villasequilla!

No se oyó más voz que la suya, porque tampoco habia

más personas en la estacion. A muy pocos instantes unos muchachos y dos mujeres, se acercaban al tren corriendo y gritando:

—¡Rosquillas!... ¡quién quiere las rosquillas!

—¡Aguardiente!

—¡Bolos y rosquillas!

Scott, llamando al chico del aguardiente, le hizo vaciar dos botellas en su castaña de viaje forrada de paja que llevaba colocada debajo del asiento; y despues, mirándome con una sonrisa de verdadera amistad, me decia:

—Ya tenemos para pasar la noche sin frio.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA GLORIA Y EL ARTE.

CUENTO DE BASTIDORES

por

TEODORO GUERRERO.

Esta estrechó con efusion las del jóven, exclamando:

—¡Adolfo mio!

—¡Tuyo, sí!... ¡No te perdono las horas de tormento que me hiciste sufrir!

—¡Ah! no puedes comprender lo que pasó por mi alma cuando supe que estabas próximo á contraer matrimonio con otra mujer. No pudiendo conformarme con la idea de ver desvanecido el sueño de felicidad que me forjé, ¡te hubiera matado!

—¡Tu felicidad es la mía!

—Sin embargo, esa mujer... te miraba de un modo...

—Voy á ser franco contigo; cuando llegué de Madrid, mi padre me presentó en casa del marqués, su amigo íntimo, con la intencion sin duda de despertar en mí una pasion por Neolia; iba todas las noches á su tertulia, y creo que la niña tiene simpatías por mí; pero debo asegurarte que ni una palabra se escapó de mis labios que le hiciera concebir una esperaza, ni mucho menos que la autorice á exigirme el cumplimiento de un compromiso. No sé si hubiera llegado á amarla, porque entonces te conocí y te amé: desde aquel momento la he visto pocas veces, y debe haber comprendido que otra mujer ocupa mi corazon. ¿Quieres saber más?

—Perdóname, Adolfo, lo que hice esta noche; si sabes querer, no necesito disculpar mi accion. ¡Podia obrar de otra manera cuando hacia algunos instantes que Daniel de Montemar me habia clavado un puñal en el alma!

—¡Montemar! exclamó el vizconde; ¡miserable! debía haber adivinado que era él quien se ponía en mi camino para turbar mi tranquilidad... ¡Oh! ¡le pediré estrecha cuenta!...

—¡No! exclamó Rosario; si me amas, tengo derecho á exigir de tí un sacrificio, y te exijo que no veas á ese hombre, que no le hables; nunca me perdonaria las consecuencias de un encuentro entre dos hombres por mi ligereza. He debido callar el nombre, pero...

—Nada debes tener reservado para mí.

—Mi conducta te lo acredita.

—Y con toda el alma te agradezco esa confesion.

—Pues bien: ofrézcame que nada dirás á Montemar.

—Tus deseos para mí son mandatos.

—¡Oh! ¡gracias, Adolfo, gracias! Algun día te agradecerás de lo mucho que te amo.

—Esas palabras me pagan con usura el tormento que en el teatro me hiciste sufrir.

—¡El teatro! No sabes, Adolfo mio, lo que es esta vida tan llena de encantos á los ojos del vulgo; hasta hoy no he comprendido la desdicha de nuestra carrera. Es verdad que hacemos una fortuna en pocos años; es verdad que hasta los monarcas rinden homenaje á nuestro talento; es verdad que conmovemos al público que nos arroja coronas y nos prodiga aplausos que desvanecen nuestros sentidos; es verdad que en la vida del arte hay un secreto resorte que nos levanta á grande altura; pero ¡ay! una pequeña contrariedad derriba de su pedestal al idolo. Hasta ahora, viviendo soló para la gloria, era feliz; no habia sentido más emocion que la del entusiasmo, y coronada, aplaudida, seguía mi carrera triunfal sin que ningun obstáculo se opusiese en el camino al carro de mi fortuna. No eché de ver que habia un inmenso vacío en mi alma hasta que te conocí: entonces adiviné que la gloria necesita compartirse, que el alma busca una comunicacion, que es pobre el laurel que se ciñe á la frente cuando no hay una mano que nos acaricie y un corazon que palpita con el nuestro.

—¡Como te sucede ahora! exclamó el vizconde ébrio de entusiasmo.

—¡Sí! ¡como ahora me sucede! porque cuando sueño con los aplausos te busco para que me inspires; cuando me arrojan una corona, te miro, y la satisfaccion que se retrata en tu semblante me engrandece; antes cantaba

para el arte: ahora canto solamente para tí. ¡Quiero gloria, mucha gloria, para valer más á tus ojos!

—¡Ah, Rosario! nunca comprenderás lo que por mí pasa cuando te veo desvanecida por los aplausos; ¡lo crearás! tengo celos del público; se me figura que entonces te olvidas de mí y que perteneces al último de esos entusiastas ¡que te ensalzan. Es preciso pasar por esos momentos de prueba para apreciarlos; es preciso sostener esa lucha para aprender á sentir. Tiemblo á la idea de que puedan desconocer tu mérito; y sin embargo, hay momentos en que quisiera que el público en masa te silbara para que te volvieras á mí y de mí nada más te ocuparas.

—¡Qué mal conoces el corazon de la mujer! Agradezco al público la simpatía que me demuestra, pero el público es una entidad, y tú solo eres para mí un hombre; en el teatro no veo más que á tí: todo desaparece de mi vista para reconcentrarme en tus ojos. El público no sabe que establecemos una corriente magnética que todo su poder no cortará; las notas de mi garganta pertenecen al público, pero las emanaciones de mi alma son tuyas. ¡Qué te importa que ese público se apodere de la artista, si de tras de la artista está la mujer que nadie te roba?

—¡Mi Rosario! exclamó Adolfo; me enorgullezco de haberte conocido, porque me enseñas á sentir; serás mi esposa aunque el mundo entero se proponga oponerse á mi decision.

—¡Tu esposa yo? ¡me trastornas la razon!

—¡Dios oiga mis votos y realice la felicidad que nos hemos forjado!

—¡Dios es bueno! dijo la jóven italiana mirando al cielo!

—¡Las dos! exclamó Adolfo, pasando de la poesia de su sueño á la prosa de la realidad, al oír dos campanadas en el reloj que estaba encima de la chimenea. Te estoy robando las horas que necesitas para el descanso.

—No te vayas; viéndote no me hace falta descansar.

—Mi padre no se acuesta hasta que me ve entrar en casa.

—Hasta mañana: ven temprano.

—Adios.

Cuando Adolfo puso el pié en la calle le pareció que el frio glacial que cortaba la respiracion era una brisa consoladora. ¡Lo que puede el amor!

VI.

El vizconde, al llegar á su casa, subió de prisa la escalera, y al pasar por delante de la habitacion de su padre se detuvo dudando; pero éste no le dió tiempo á vacilar: la puerta del cuarto se abrió, y adelantándose el conde, dijo con tono seco á su hijo:

—Te estaba esperando: entra.

Adolfo obedeció sin replicar, aunque comprendió que le amenazaba una escena desagradable.

Sentóse el anciano, y señalando una silla á su hijo, le dijo en el mismo tono:

—Séntate: tenemos que hablar.

—Padre mio, á esta hora necesita V. reposar, y sería mejor...

—Obedece y calla: si hubieras venido más temprano no tendria que robar al sueño las horas para arreglar cuentas contigo.

—¿Cuentas? preguntó el jóven asombrado.

—¿De dónde vienes?

Adolfo no contestó, á pesar de haber reiterado su padre la pregunta, pues buscó en vano un medio de engañar al conde.

—¡No puedes ó no quieres decirme en dónde has estado desde que concluyó la ópera! Esto prueba claramente que debes avergonzarte del sitio en que has perdido dos horas, teniendo á tu padre despierto para velar por tu conducta.

—Es V. injusto conmigo, padre mio, pues soy incapaz de dar un paso que comprometa mi honra y el buen nombre que recibí.

—Entonces, ¿por qué me ocultas el sitio donde pasas las altas horas de la noche?

—La juventud busca expansiones en el centro de sus amigos sin comprometer su reputacion.

—Dí más bien que la juventud mal inclinada busca lazos que la desdoran y manchan el timbre de su nobleza.

—¡Eso no! exclamó Adolfo con orgullo; ¡no tiene V. derecho, padre mio, para acusarme injustamente!

—¡Injustamente! prorumpió el conde con cólera. ¡No tiene derecho un padre para reprender á su hijo cuando este se extravía, cuando despues de alucinar á una jóven noble y honrada contrae un lazo indigno con una mujer mercenaria que, faltando á todos los deberes de la sociedad y de la conveniencia, insulta en público á una familia cuyos timbres nadie se habia atrevido á empañar!

—Rechazo con toda la energía de mi alma, dijo el vizconde poniéndose en pie, la acusación que acaba V. de dirigirme, envolviendo en ella á una mujer que nadie está autorizado á calumniar.

—¡Señor vizconde! exclamó el anciano fuera de sí y adelantándose hacia su hijo.

—Puede V. abusar de su autoridad como mejor le convenga, pues sufriré resignado sus arrebatos; pero protestaré siempre de todo insulto que se dirija á una persona que no es acreedora á semejante calificación.

—¡Una mujer de teatro! ¡serías capaz de amarla?

—¡La amo, padre mío, con todo mi corazón!

El conde sintió que la sangre subía á su cabeza, y no queriendo dejarse llevar de su impulso, se dejó caer en el sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

Adolfo, pasado el primer momento, comprendió que no había sabido defenderse sin dar lugar á tan desagradable escena; como amaba á su padre, dirigióse á él enternecido, y le dijo, echándole el brazo por el cuello:

—¡Es posible, padre mío, que entre V. y yo que tanto nos queremos, pueda surgir un disgusto que turbe la envidiable paz que disfrutábamos?

—Tú lo has querido, exclamó el padre separando con aspereza el brazo de su hijo.

—¡Libreme Dios de proporcionar á V. sinsabores con intención deliberada!

—Sin embargo, te has olvidado de que eres el vizconde de Tudela, descendiente de la ilustre casa de los condes de Cardona.

—¿Qué falta he cometido?

—Has dado una campanada que mancha para siempre nuestro escudo!

—¿Una campanada?

—Sí: hiciste concebir una pasión á la hija de mi amigo el noble marqués de Santa Eulalia, y cuando todo Barcelona creía que ibas á enlazar mi casa con la suya, dando prestigio á tu título, la abandonaste para entregarte sin reserva á una de esas pasiones fatales que gastan el corazón del hombre, poniendo en evidencia mi dignidad lastimada.

—No conoce V., padre mío, á esa mujer que trata sin piedad y juzga igual á todas las que pisan la escena. Rosario es una artista, pero nadie pone en duda su honradez.

—Y aunque eso sea cierto, ¿qué te propones? ¿vas por ventura á ofrecerle tu limpia corona de conde á cambio de su corona de oropel?

—No sería el primer título que se ha enorgullecido de rendir sus blasones á los pies del talento.

—¿Eso te han enseñado los filósofos modernos? ¡Estúpidos!

—Me ha subyugado, y no soy dueño de mi voluntad.

—Pues es preciso que lo seas; no te exigiré que des la mano á Neolia, por más que ese matrimonio hubiera realizado mis sueños; pero sí te exijo que abandones á esa aventurera y te acuerdes de quién eres.

—¡Imposible! He dicho que la amo con todo mi corazón.

—Entonces me obligas á tomar una determinación violenta; prepara mañana mismo tu maleta, pues nos marchamos á Francia; los nuevos aires te curarán de esa locura novelesca que te ha acometido tan de improviso.

—¡No sea V. cruel, padre mío!

—¡Seré inflexible!

El vizconde, después de vacilar un instante en que sin duda concibió un proyecto, le dijo:

—Está bien: disponga V. lo que guste, pues debo obedecer.

—Ahora te reconozco; algún día me darás las gracias. Pasado mañana saldremos en el vapor para Marsella.

—Buenas noches, dijo el vizconde.

El conde estrechó á su hijo entre sus brazos, y se acostó en seguida, durmiendo tranquilamente.

Adolfo de Mendoza pasó la noche dando paseos por su cuarto y asomándose sin cesar al balcón á fin de ver llegar el día, que tardaba demasiado para su impaciencia.

(Se continuará).

BIBLIOGRAFIA.

PAGINAS SANGRIENTAS.

COLECCION DE ROMANCES ESCRITOS SOBRE EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL.

por

ALEJANDRO BENISIA Y MANUEL CORCHADO. (I)

Las artes y las letras son la gloria más bella y durable de las naciones, como fuente de los más nobles goces de los individuos. Su cultivo es el rasgo más característico de la civilización; y sin embargo, el instinto y el gusto son innatos en los hombres todos. De modo que no puede menos de ser una educación falsa é incompleta, toda aquella que tienda á desnaturalizar ó separar en los ni-

ños, esas exquisitas predisposiciones, para sustituirla con la costumbre de goces groseros ó fútiles.

¿Por qué los griegos llamaban á los demás pueblos y hasta á los persas mismos, bárbaros? á pueblos que no dejaban de alcanzar una organización política, ejércitos, tesoros y comercio; pero no tenían artes y literatura, no podían gustar sus encantos, y por esta sola razón merecían el nombre de bárbaros.

Así, pues, cada país tiene sus bárbaros y sus griegos, clasificación independiente de la fortuna, del rango, de la profesión y hasta de la instrucción misma.

Los espíritus que sienten son de toda evidencia superiores á los que saben. Para avalorar convenientemente á un hombre, no es necesario considerar su carrera ó su estado, la misión que trata de cumplir en la tierra, sino lo que produce su recreo, lo que le divierte y desea. Las más de las veces la casualidad, la necesidad, la especulación le impulsan á elegir tal ó cual carrera; únicamente la voluntad ó la preferencia natural da la medida en la elección de los placeres. El hombre se juzga por ellos como el arbusto por sus flores.

La poesía es á la vez la más alta literatura y la primera de las artes. Obra sobre los sentidos antes de llegar á la inteligencia; posee la armonía y la idea, la forma y el movimiento, el sentimiento y la imagen. Sus procedimientos y resultados son lo que hay de mas completo: de aquí procede su importancia extrema, que á pesar de todo pasa casi desapercibida de la multitud en cada siglo, por la razón de que es preciso igualmente un talento ilustrado para apreciarla.

Y sin embargo, los más grandes nombres que registran las edades, y avaloran los tiempos de unos en otros, son nombres de poetas. Homero, Sófocles, Virgilio, Ovidio, Dante, Tasso, Camoens, Shakespeare, Milton, Corneille, Moliere, Calderon, Lope de Vega, casi todos proscritos, desconocidos ó olvidados en su época, son los que han escalado el trono en la posteridad.

Todos ellos son ejemplos irrecusables de una experiencia perdida para cada generación, que acepta de buena gana y sin discusión los grandes talentos despreciados ó perseguidos en el siglo precedente, con tal de no reconocer á los que viven en medio de ellos, y que serán un día su mayor laurel de gloria. Patente revelación de la injusticia y envidia que domina á la humanidad, que se arrastra en este valle de lágrimas y dolores, más bien que de gusto y conocimiento.

Este anatema lanzado por todas las generaciones que se han sucedido en el camino de la vida, no ha arredrado á D. Alejandro Benisia y D. Manuel Corchado para dar á la estampa un libro bueno, y lo que es aun mucho mejor, escrito en discretos y elegantes versos.

De diez y siete romances compónese el tomo, al que acompañan preciosos grabados é ilustraciones que tene-mos ante la vista, y que sus autores titulan *Páginas sangrientas*, epíteto que les cuadra á maravilla, por referirse todos ellos á episodios de la guerra civil, que hoy enrojecen nuestros campos de sangre de hermanos.

La síntesis que ha presidido al pensamiento, que tan felizmente han llevado á cabo los Sres. Benisia y Corchado en sus romances, puede resumirse en las siguientes líneas del discretísimo prólogo que los precede:

“Anatematizando la guerra como conviene á la razón y á la justicia, llorando sobre las crueles hecatombes que produce esa horrible lucha entre hermanos, que por eso es aún más repugnante y más antecristiana y execrando con frase enérgica el carácter feroz que nuestros enemigos han impuesto á la actual, no quisiéramos pecar ni de parciales ni de apasionados: hemos procurado, pues, contenernos dentro de los límites de una justa conveniencia. Para algunos aparecerán nuestras palabras como demasiado dulces y suaves; para otros merecerán ágría censura ciertos apóstrofes que tal vez calificarán de exagerados. Mas á todos advertimos, que nuestras almas han dejado correr la pluma por el raudal del propio sentimiento, el cual si unas veces forma tranquilos remansos, otras, siguiendo los declives, se precipita airado como la furia del torrente.

“Hemos huido, salvo ciertas excepciones, de que nuestros romances tengan determinado carácter de personalidad. Estas excepciones tienen su justificación marcada, solo para dar á conocer los principales individuos que componen esa familia que sueña con reinar en este libre suelo, ó por que en determinados casos el estudio de un personaje ó la ejemplaridad que pueda resultar de los actos de otro, así lo han aconsejado. De otro modo nos hubiéramos abstenido en absoluto de nombrar á nadie. Nosotros combatimos la idea, condenamos las crueldades, rechazamos indignados los monstruosos excesos; pero poco nos importa como se llaman los que cometen esos crímenes: aplaudimos los generosos rasgos de valor, ensalzamos las virtudes militares, dentro de la necesidad de repeler la fuerza con la fuerza; mas consideramos inútil saber los nombres de aquellos que ejercitan nobles actos. Los grandes hechos se perpetúan en la historia; los grandes hombres dejan su epitafio sobre la losa de un sepulcro.”

Si del pensamiento pasamos á la forma, diremos que esta es digna, castiza y galana, y muy apropiada al asunto.

Todos los romances de que se compone este volumen revelan las especiales dotes que como poetas poseen los señores Benisia y Corchado, sus estudios literarios, y á mayor abundamiento una extensísima erudición. Las bellezas que encierran son notables por más de un concepto, lo mismo que la profundidad que revela á cada paso, la aparente ligereza con que está manejado, no solo nuestro riquísimo idioma, sino el verso octosilabo, tan variado en giros y tan gallardo en su contestura, que hacen de él la más preciada joya de nuestra poesía y la envidia de los extraños. Únicamente el primero, titulado *El Monstruo*, está escrito en endecasílabos, sirviendo como de magestuosa portada á los demás.

Tal es en conjunto esta nueva producción que tan alto habla á favor de nuestra literatura contemporánea, digna de la consideración de los amantes de las bellas le-

tras, y de importancia suma para inocular en las clases todas de nuestra sociedad, hoy tan conmovida y trabajada por tantas tendencias opuestas, el puro y nobilísimo sentimiento del amor al bien, exclusivo medio que nos puede guiar á un porvenir mejor.

VICENTE CUENCA.

CORRESPONDENCIA.

La enamorada de las flores.—No la aconsejo que emplee ningún tinte para que el cabello se vuelva rubio; use V. únicamente el sal de amoniaco y la cerveza, que esclarea su color al paso que limpia la cabeza. Tampoco me parece prudente hacer ningún remedio para impedir la transpiración de las manos: límitese V. á echar algunas gotas de amoniaco en el agua en el acto de lavárselas, y polvos de almidón dentro de los guantes.

Dos hermanas económicas.—Hay fundados motivos para creer que el adorno de moda para este verano serán las plumas. Las cintas brochadas de un solo color y doble cara adornarán los sombreros, que llevarán todos bridas.

Una amiga incógnita.—Mil gracias por sus amables felicitaciones. El color dominante este verano será el gris azulado en todos los tonos. También se llevarán mucho los tejidos á rayas y á cuadros de fantasía.

Junto á mis hijos.—Los entredoses bordados sobre tul griego con algodón de zurcir son muy fuertes, se lavan perfectamente, y se usan sobre todo para adornar la ropa de los niños.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 7 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, por las señoras Doña Josefa Burillo de Moriel, de Bujalance; Doña Carmen Volant de Cárdenas, de Mangiron; Doña Susana Mier de Barrio, de Verdeña; Doña Carolina Tudor, de Leon; Doña Carmen Vidaurre, de Sevilla; Doña María de las Nieves Sanchez, de Toledo; Doña Rafaela Domee, de Zuera; Doña Martina Gallego, de Castrodeza, y las siguientes en verso:

I.

Al ver las seguidillas
De tu charada,
Parecióme difícil
El descifrarla;

Vivi en Sevilla,
Y sé que es Archipámpano
El de la silla.

II.

Lo que á Toledo siempre
Dió nombradía,
(Preguntando al que gusta
De golosinas),
Si no me engaño
Mazapan se le llama
Por todo el año.

III.

El sol quema en el estío
con brio,
La fe de la gloria es llave
suave,
O es un nombre celestial
y vocal,
Y si yo no pienso mal,
En tu ovillejo endiablado
Solfeo se ve enredado
Con brio, suave y vocal.

UNA SUSCRITORA.

Córdoba 19 de Febrero del 75.

Eslava para el solfeo
y España para mantilla;
para mazapan Toledo
y Archipámpano... Sevilla.

MARIANA DE RADA Y DIAZ PIMIENTA.

Quintanar de la Orden 20 de Febrero del 75.

Para añadir un placer
A los que ofrece Himeneo,
No me caso con mujer
Que no sepa de solfeo.
Asimismo me conviene,
Y ustedes lo aprobarán,
Que si acaso madre tiene
Ha de ser de mazapan.
Nada más podré ansiar
Con precedentes tan buenos,
Que un tío á quien heredar
Archipámpano lo ménos.

FRANCISCO CLIMENT.

Valencia 22 de Febrero del 75.

CHARADA.

Consonante es la primera;
La segunda una vocal,
Y notas tercera y cuarta
De la escala musical.
Unidas tercera y quinta
Con prima y dos además,
Un nombre de varon forman
Sin ser título alemán.
Componen otro también,
Y por cierto no vulgar,
Prima, dos, tercera y quinta,
Con perfecta claridad.
Y en conclusion, es el todo
Otro nombre singular
De un príncipe exclarecido
Victorioso en tierra y mar.

JERÓNIMO COUDER.

CONOCIMIENTOS UTILES.

Ansiosos de ser útiles á nuestras suscriptoras, á quienes tanto han complacido los consejos que les dábamos para devolver al terciopelo su belleza primitiva, vamos á completarlos hoy con nuevas indicaciones.

Esta rica tela, que tiene siempre mil distintas aplicaciones, suele picarse por estar guardada en paraje húmedo ó tomar pliegues por estar mal doblada, siendo muy fácil remediar estos desperfectos.

Se llena un anafre con brasas bien encendidas y se le cubre con una plancha decobre ó una cacerola de cobre vuelta del revés, pero bastante grande, para que no sofoque la lumbrera. Cuando el metal está bien caliente se le pone encima un paño de lienzo doblado en diez y seis partes y empapado en agua hirviendo. Cuando el calor que despiden el anafre eleva bastante la temperatura, se extiende sobre el paño hú-

medo, y ardiendo el terciopelo por el lado del revés, del cual se desprende al instante un espeso vapor negruzco. Entonces se toma un cepillo sedoso y se le pasa en todos sentidos por el derecho del terciopelo pero muy ligeramente. Al cabo de algunos minutos se retira el terciopelo, se le extiende sobre una mesa ó una tabla dejándole hasta que se seque.

Los resultados son verdaderamente prodigiosos.

Explicacion del Figurin 1160.

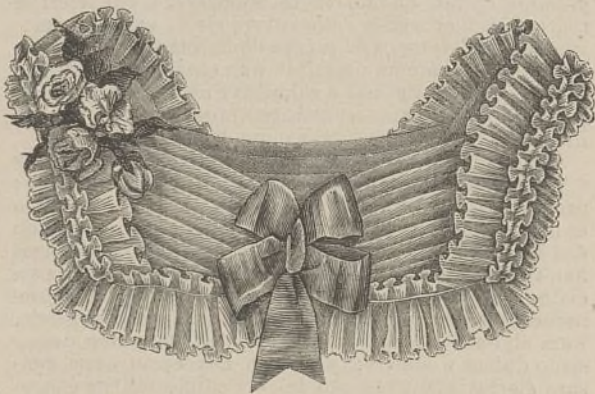
FIG. 1.^a - Traje de sociedad para señora joven.



23. Traje para sociedad.



24. Vestido con túnica.



22. Berta. (Patron: pliego por el revés, núm. IX, figuras 46 y 47).



24. Traje para baile.

Este traje sería sumamente fresco y juvenil reproducido en crespón blanco y foulard. Nuestro modelo se compone de vestido de tafetan verde nilo y gasa lisa verde, dispuesta en bullonados y volantes con rulos. Tres volantes de encaje blanco completan el adorno del paño de delante. El pequeño delantal-túnica, plegado transversalmente, está guarnecido con rizados á la vieja y lazos. Una echarpe forma quilla y descien-

de sobre el costado; la parte de atrás de la falda, que dibuja cola, es de faya. Cuerpo con aldeta, de escote redondo, guarnecido con berta compuesta de un bullonado

de gasa orillado con volantes de encaje blanco. Grupos de rosas de distintos tonos sujetan la echarpe y adornan el costado derecho del cuerpo y el peinado.

Fig. 2.^a - Traje de comida ó recepción. - Es de faya negra. Los paños de delante van guarnecidos por encima de los plegados que rodean toda la falda, con un bullonado que mide 40 cents. de altura en los costados y 25 por delante comprendida la cabeza, separada esta por dos órdenes de frunces. El delantal, bien ceñido, está guarnecido con bieses y plegados. Un echarpe ancho de tafetan á rayas terminado con fleco, sujeta el vuelo y se anuda atrás con una gracia indescriptible. Cuerpo sin mangas de faya negra ribeteado de tafetan á rayas; mangas y doble plastron en forma de solapas por delante y plastron por detrás, que termina con fleco de tafetan á rayas. Gola y mangas de encaje.

20. Fichú de faya y encaje perlado. (Patron: pliego por el revés, núm. VIII, fig. 45)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO el pliego de patrones.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra) 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.

